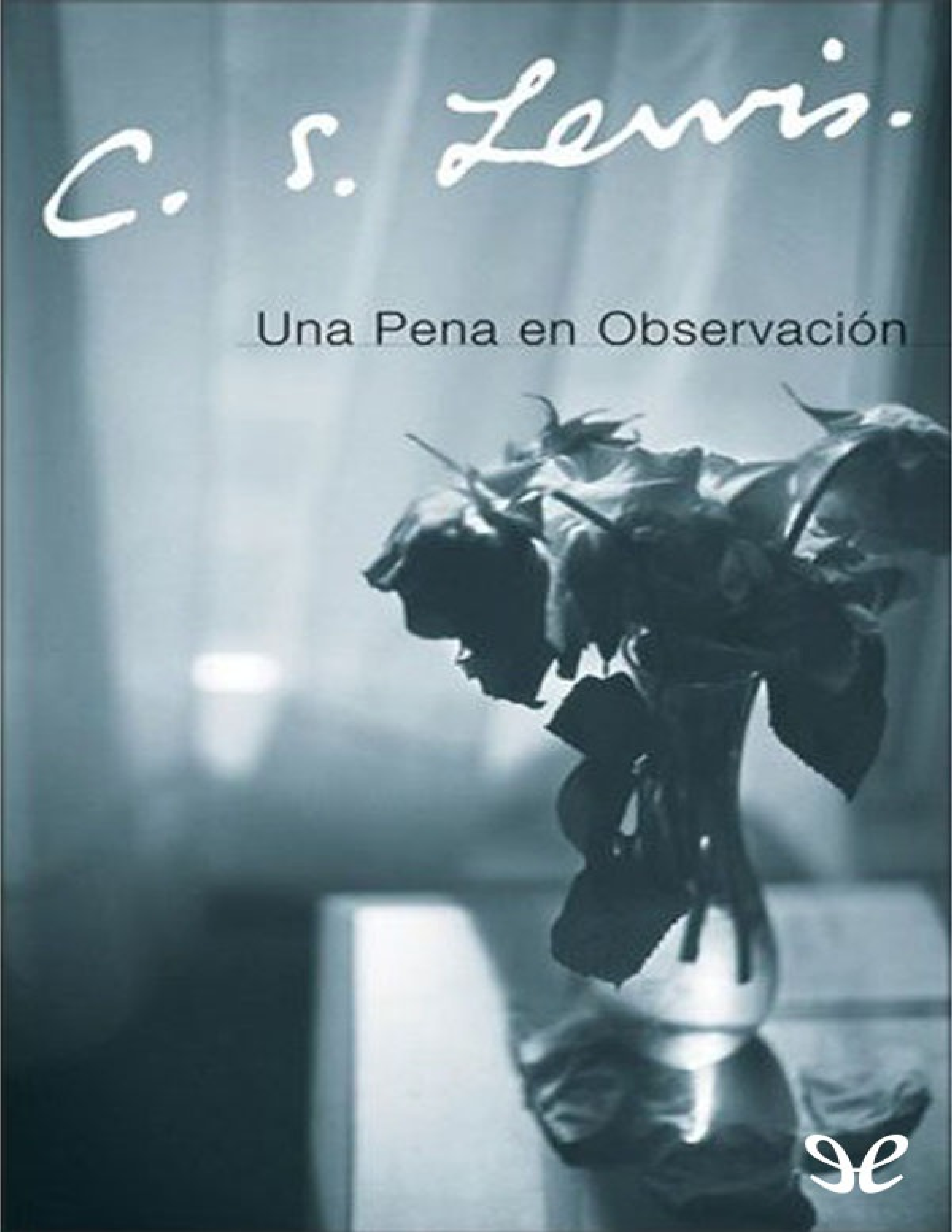

C. S. Lewis.
Una Pena en Observación

Escrito tras la trágica muerte de su amada esposa como una manera de sobrevivir los «difíciles momentos de la medianoche», *Una pena en observación* relata los más sinceros pensamientos de C. S. Lewis sobre los temas fundamentales de la vida, la muerte y la fe al sufrir una pérdida. Esta obra contiene sus más íntimas reflexiones sobre esa etapa de su vida.

«Nada puede afectar al hombre —o por lo menos a un hombre como yo— de manera que pierda su ideología y sus creencias. Tiene que enfrentar un gran golpe para entrar en razón. Sólo la tortura traerá la verdad. Sólo bajo tortura podrá descubrirla por sí mismo».

C. S. Lewis

Una pena en observación

ePub r1.0
Tellus 05.07.13

Título original: *A Grief Observed*
C. S. Lewis, 1961
Traducción: Carmen Martín Gaite

Editor digital: Tellus
ePub base r1.0

Uno

Nadie me había dicho nunca que la pena se viviese como miedo. Yo no es que esté asustado, pero la sensación es la misma que cuando lo estoy. El mismo mariposeo en el estómago, la misma inquietud, los bostezos. Aguanto y trago saliva.

Otras veces es como si estuviera medio borracho o conmocionado. Hay una especie de manta invisible entre el mundo y yo. Me cuesta mucho trabajo enterarme de lo que me dicen los demás. Tiene tan poco interés.

Y sin embargo quiero tener gente a mi alrededor. Me espantan los ratos en que la casa se queda vacía. Lo único que querría es que hablaran ellos unos con otros, que no se dirigieran a mí.

Hay momentos en que, de la forma más inesperada, algo en mi interior pugna por convencerme de que no me afecta mucho, de que no es para tanto, al fin y al cabo. El amor no lo es todo en la vida de un hombre. Yo, antes de conocer a H., era feliz. Era muy rico en lo que la gente llama «recursos». A todo el mundo le pasan estas cosas. Vamos, que no lo estoy llevando tan mal. Le avergüenza a uno prestar oídos a esa voz, pero por unos momentos da la impresión de que está abogando por una causa justa. Luego sobreviene una repentina cuchillada de memoria al rojo vivo y todo ese «sentido común» se desvanece como una hormiga en la boca de un horno.

Y de rechazo cae uno en las lágrimas y en el pathos. Lágrimas sensibleras. Casi prefiero los ratos de agonía, que son por lo menos limpios y decentes. Pero el asqueroso, dulzarrón y pringoso placer de ceder a revolcarse en un baño de autocompasión, eso es algo que me nausea. Y, es más, cuando caigo en ello, me doy cuenta de que me lleva a tergiversar la imagen misma de H. En cuanto le doy alas a este humor, al poco rato la mujer de carne y hueso viene sustituida por una simple muñeca sobre la que lloriqueo. Gracias a Dios, el recuerdo de ella es todavía lo suficientemente fuerte (¿lo seguirá siendo siempre tanto?) como para salir adelante.

Porque H. no era así en absoluto. Su pensamiento era ágil, rápido y musculoso, como un leopardo. Ni la pasión ni la ternura ni el dolor eran capaces de hacerle bajar la guardia. Olfateaba la falsedad y la gazmoñería a la primera vaharada, e inmediatamente se abalanzaba sobre ti y te derribaba antes de que hubieras podido darte cuenta de lo que estaba pasando. ¡Cuántos globos me pinchó! Enseguida aprendí a no darle gato por liebre con mis palabras, excepto cuando lo hacía por el simple gusto —y ésta es otra cuchillada al rojo vivo— de exponerme a que se burlara de mí. Nunca he sido menos estúpido que como amante suyo.

Y nadie me habló nunca tampoco de la desidia que inyecta la pena. No siendo en mi trabajo —que ahí la máquina parece correr más aprisa que nunca— aborrezco hacer el menor esfuerzo. No sólo escribir sino incluso leer una carta se me convierte en un exceso. Hasta afeitarme. ¿Qué importa ya que mi mejilla esté áspera o suave? Dicen que un hombre desgraciado necesita distraerse, hacer algo que lo saque de sí mismo. Lo necesitará, en todo caso, como podría echar de menos un hombre aperreadamente cansado una manta más cuando la noche está muy fría; seguro que este hombre preferiría quedarse tumbado dando diente con diente antes que levantarse a buscarla. Es fácil de entender que la gente solitaria se vuelva poco aseada, y acabe siendo sucia y dando asco.

Y, en el entretanto, ¿Dios dónde se ha metido? Éste es uno de los síntomas más inquietantes.

Cuando eres feliz, tan feliz que no tienes la sensación de necesitar a Dios para nada, tan feliz que te ves tentado a recibir sus llamadas sobre ti como una interrupción, si acaso recapacitas y te vuelves a Él con gratitud y reconocimiento, entonces te recibirá con los brazos abiertos 70 al menos así es como lo vive uno. Pero vete hacia Él cuando tu necesidad es desesperada, cuando cualquier otra ayuda te ha resultado vana, ¿y con qué te encuentras? Con una puerta que te cierran en las narices, con un ruido de cerrojos, un cerrojazo de doble vuelta en el interior. Y después de esto, el silencio. Más vale no insistir, dejarlo. Cuanto más esperes, mayor énfasis adquirirá el silencio. No hay luces en las ventanas. Debe tratarse de una casa vacía. ¿Estuvo habitada alguna vez? Eso parecía en tiempos. Y aquella impresión era tan fuerte como la de ahora. ¿Qué puede significar esto? ¿Por qué es Dios un jefe tan omnipresente en nuestras etapas de prosperidad, y tan ausente como apoyo en las rachas de catástrofe?

He intentado exponerle esta tarde a C. algunas de estas reflexiones. Él me ha recordado que lo mismo, según parece, le ocurrió a Jesucristo. «¿Por qué me has abandonado?». Ya lo sé. ¿Y qué? ¿Se consigue con eso que las cosas se vuelvan más fáciles de entender?

No es que yo corra demasiado peligro de dejar de creer en Dios, o por lo menos no me lo parece. El verdadero peligro está en empezar a pensar tan horriblemente mal de Él. La conclusión a que temo llegar no es la de: «Así que no hay Dios, a fin de cuentas», sino la de: «De manera que así es como era Dios en realidad. No te sigas engañando».

Nuestros mayores se resignaban y decían: «Hágase tu voluntad». ¿Cuántas veces no habrá la gente sofocado por puro terror un amargo resentimiento, y no se habrá sacado de la manga un acto de amor (sí, un acto, en todos los sentidos) para camuflar la operación?

Claro que resulta muy fácil decir que Dios parece estar ausente en nuestras necesidades más graves porque Él es ausencia, no-existencia. Pero entonces, ¿qué pasa?, ¿por qué se nos antoja tan presente cuando, para hablar en plata, no le echamos de menos?

De todas maneras, el matrimonio me ha servido para una cosa. Nunca podré volver a creer que la religión es una manipulación de nuestros inconscientes y hambrientos deseos, mediante la cual se sustituye al sexo. En estos breves años pasados, H. y yo festejábamos el amor; en cualquiera de sus modalidades: la solemne y alegre, la romántica y realista, tan dramática a veces como una tempestad, otras veces tan confortable y carente de énfasis como cuando te pones unas zapatillas cómodas. No había fisura del corazón o del cuerpo que quedara insatisfecha. Si Dios fuera un simple sustituto del amor, habríamos perdido todo interés por Él. ¿A quién le importan los sustitutos cuando tiene en las manos la cosa misma? Pero no es esto todo lo que ocurre. Nosotros dos sabíamos que deseábamos algo que estaba por encima del uno y del otro, algo especial y bien diferente, una clase de deseo bien diferente. Lo contrario sería como decir que cuando los amantes se tienen uno a otro, ya en adelante no van a tener nunca ganas de leer, de comer o de respirar.

Hace años, a raíz de la muerte de un amigo, tuve durante algún tiempo una viva sensación de certeza con respecto a la continuidad de su vida, casi como si se viera realzada. He implorado que se me concediera ahora por lo menos una centésima parte de esa misma certeza en el caso de H. No ha habido respuesta. Solamente el cerrojazo en la puerta, el telón de acero, el vacío, el cero absoluto. «A los que piden, no se les dará». Fui un tonto al pedir nada. Lo que es ahora, incluso aunque me

volviera a habitar esa certeza, desconfiaría de ella. Pensaría que era una autosugestión provocada por mi propia plegaria.

En cualquier caso, lo que tengo que hacer es mantener a raya a los espiritualistas. Le prometí a H. que lo haría. Ella sabía mucho de estos cotarros.

Mantener las promesas hechas a un muerto, o a cualquier otra persona, es algo que está muy bien. Pero empiezo a darme cuenta de que «respeto hacia los deseos de un muerto» entraña también una trampa. Ayer me detuve a tiempo antes de decirme, con ocasión de no sé qué bagatela: «Esto a H. no le hubiera gustado».

No conviene, no es bueno para los demás. En breve acabaría echando mano del «lo que le hubiera gustado a H.» como un instrumento de tiranía doméstica. Y además sus presuntas ataduras se irían convirtiendo en un disfraz cada vez más sofocante de mi propio ser.

A los niños no puedo hablarles de ella. Las veces que lo he intentado, en sus rostros no asoma dolor, miedo, amor ni compasión, sino embarazo, que es el peor de todos los falsos consejeros. Me miran como si estuviera cometiendo una indecencia. Están deseando que me calle. A mí me pasó lo mismo cuando murió mi madre, cada vez que mi padre la nombraba. No se lo puedo reprochar. Es la manera de ser de los niños.

Muchas veces pienso que la vergüenza, hasta cuando se da en forma torpe e inadvertida, es mucho más eficaz para impedir los actos buenos y la recta dicha que ninguno de nuestros vicios. Y esto no pasa sólo en la infancia.

¿O son ellos, los niños, los que tienen razón? ¿Qué pensaría la propia H. de este terrible cuadernito de notas al que vuelvo una vez y otra vez? ¿No son morbosos estos apuntes? Una vez leí la siguiente frase: «Permanezco despierto toda la noche con dolor de muelas, dándole vueltas al dolor de muelas y al hecho de estar despierto». Esto también sé puede aplicar a la vida. Gran parte de una desgracia cualquiera consiste, por así decirlo, en la sombra de la desgracia, en la reflexión sobre ella. Es decir en el hecho de que no se limite uno a sufrir, sino que se vea obligado a seguir considerando el hecho de que sufre. Yo cada uno de mis días interminables no solamente lo vivo en pena, sino pensando en lo que es vivir en pena un día detrás de otro. ¿No servirán mis apuntes únicamente para agravar este aspecto de la cuestión? ¿Para confirmar simplemente las vueltas que le da la mente al mismo tema, como si se tratara de la monótona andadura en torno a un molino? Y sin embargo, ¿qué voy a hacer? Necesitaría alguna droga, y por ahora leer no es una droga lo bastante fuerte. Escribiendo para echarlo todo fuera (¿todo?, no, un pensamiento entre miles) me parece que me separo un poco de ello. Así es como justificaría mi caso ante H. Pero apuesto doble contra sencillo a que ella le vería la trampa a esta justificación.

Y no me pasa sólo con los niños. Un extraño subproducto de mi pérdida, es que me doy cuenta de que resulto un estorbo para todo el mundo con que me encuentro en el trabajo, en el club, por la calle. Veo que la gente, en el momento en que se me acerca, está dudando para sus adentros si «decirme algo sobre lo mío» o no. Me molesta tanto que lo hagan como que no lo hagan. Algunos meten la pata de todos modos. R. me ha estado evitando durante toda una semana. Prefiero a la gente joven bien educada, casi niños todavía, que se enfrentan conmigo como con el dentista, se ponen muy colorados, lo dejan y se escurren a meterse en un bar lo más rápidamente que la educación les permite. Me

pregunto si los afligidos no tendrían que ser confinados, como los leprosos, a reductos especiales.

Para algunos, soy algo peor todavía que un estorbo. Cada vez que me encuentro con un matrimonio feliz, noto que tanto él como ella están pensando: «Uno de nosotros se verá más tarde o más temprano igual que él se ve ahora».

Al principio me espantaba ir a los sitios donde H. y yo fuimos felices, a nuestro pub o a nuestro parque favoritos. Pero de repente decidí empezar a hacerlo, como quien quiere lo más pronto posible volver a incorporar al vuelo a un piloto que acaba de tener un accidente. Y me sorprendió ver que no suponía gran diferencia. La ausencia de H. no cobra mayor énfasis en los lugares que digo que en otro cualquiera. No se trata en absoluto de un asunto de tipo local. Me imagino que si le prohibieran a uno tomar sal, no la echaría más en falta en unos alimentos que en otros. Comer se volvería en general algo diferente, todos los días, en todas las comidas. Es algo por el estilo. El acto de vivir se ha vuelto distinto por doquier. Su ausencia es como el cielo, que se extiende por encima de todas las cosas.

Pero no, no está dicho de forma correcta. Hay un lugar donde su ausencia vuelve a albergarse y localizarse, un lugar del que no puedo escaparme. Me refiero a mi propio cuerpo. ¡Cobraba una importancia tan distinta cuando era el cuerpo del amante de H.! Ahora es como una casa vacía. Pero tampoco voy a engañarme a mí mismo. Este cuerpo volvería a cobrar importancia para mí, y bien pronto, si pensara que algo no marchaba bien en él.

Cáncer, y cáncer, y cáncer. Mi madre, mi padre, mi mujer. Me pregunto quién será el siguiente en la lista.

Y sin embargo la propia H., cuando se estaba muriendo de cáncer, y perfectamente consciente de la cuestión, dijo que había perdido gran parte del horror que antes le tenía. Cuando llegó la hora de la verdad, el hombre y la idea estaban ya desactivados en alguna medida. Y hasta cierto punto, casi lo entendí. Esto es muy importante. Nunca se encuentra uno precisamente con el Cáncer o la Guerra o la Infelicidad (ni tampoco con la Felicidad). Solamente se encuentra uno con cada hora o cada momento que llegan. Con toda clase de altibajos: cantidad de manchas feas en nuestros mejores ratos y de manchas bonitas en los peores. No abarcamos nunca el impacto total de lo que llamamos «la cosa en sí misma». Pero es que nos equivocamos al llamarla así. La cosa en sí misma consiste simplemente en todos estos altibajos, el resto no pasa de ser un nombre o una idea. Es increíble cuánta felicidad y hasta cuánta diversión vivimos a veces juntos, incluso después de que toda esperanza se había desvanecido. Qué largo y tendido, qué serenamente, con cuánto provecho llegamos a hablar aquella última noche, estrechamente unidos.

Pero no, no tan unidos. Existe un límite marcado por la «propia carne». No puedes compartir realmente la debilidad de otra persona, ni su miedo, ni su dolor. Lo que sientes tal vez sea erróneo. Probablemente podría ser tan erróneo como lo que sentía el otro, y sin embargo desconfiaríamos de quien nos advirtiera que era así. De todas maneras seguiría siendo bastante diferente, en todo caso. Cuando hablo de miedo me refiero al miedo puramente animal, al rechazo del organismo frente a su destrucción, a un sentimiento sofocante, a la sensación de ser un ratón atrapado en una ratonera. Esto no puede transferirse a otro. La mente es capaz de solidarizarse con ello; el cuerpo menos. En cierto sentido, los cuerpos de los amantes son menos capaces todavía. Todos sus episodios de amor los han

arrastrado a tener no idénticos, sino complementarios, correlativos y hasta opuestos sentimientos de cada uno con relación al otro.

Nosotros dos lo sabíamos bien. Yo tenía mis miserias, no las suyas; ella tenía las suyas, no las mías. Y el final de las suyas habría de dar paso a la llegada de las mías. Estábamos partiendo hacia diferentes rutas. Esta verdad velada, esta terrible regulación del tráfico («usted, señor, por la izquierda») marca precisamente el comienzo de la separación que supone la muerte misma.

Y esta separación, creo yo, nos está esperando a todos. He estado pensando en H. y en mí como seres peculiarmente desgraciados a causa de nuestra separación desgarradora. Pero es posible que todos los amantes estén abocados a tal separación. Ella me dijo un día: «Incluso si nos muriéramos los dos exactamente en el mismo instante, tal como estamos echados aquí ahora uno al lado del otro, sería seguramente una separación mucho mayor que la que tanto temes». Por supuesto que ella no *sabía*, o al menos no más de lo que yo sé. Pero estaba cerca de la muerte; lo suficientemente cerca como para dar en el clavo. Solía citar una frase: «Sólo dentro de la soledad». Decía que lo que sentía era algo así. ¡Y cómo iba a ser de otra manera! Resultaría infinitamente improbable. Tiempo, espacio y cuerpo eran los verdaderos elementos que nos unían, los hilos de teléfono a través de los cuales nos comunicábamos. Si se corta uno de ellos o los dos al mismo tiempo, para el caso es lo mismo, ¿cómo no va a interrumpirse la comunicación? A no ser que se diera por sentado que algún otro medio de comunicación, radicalmente distinto pero encargado de desempeñar el mismo trabajo, pudiera venir a sustituir a aquéllos. Y aun en este caso, ¿se puede concebir un procedimiento tan eficaz como los antiguos? ¿Es que Dios es un payaso que te arrebata sin más tu cuenco de sopa para reemplazártelo acto seguido por otro cuenco lleno de la misma sopa? Ni siquiera la naturaleza hace estas payasadas. Nunca toca dos veces la misma melodía.

Hace falta mucha paciencia para aguantar a esa gente que te dice: «La muerte no existe» o «la muerte no importa». La muerte claro que existe, y sea su existencia del tipo que sea, importa. Y ocurra lo que ocurra tiene consecuencias, y tanto ella como sus consecuencias son irrevocables e irreversibles. Por ese principio podríamos decir que nacer no importa. Alzo los ojos al cielo de la noche. Es de todo punto evidente que si me fuera permitido rebuscar en toda esa infinidad de espacios y tiempos, nunca volvería a encontrar en ninguna parte el rostro de ella, ni su voz, ni su tacto. Murió. Está muerta. ¿Es que se trata de una palabra tan difícil de comprender?

No conservo ninguna fotografía suya donde quedara un poco bien. Ni siquiera en mi imaginación soy capaz de reproducir su cara con todo detalle. Y sin embargo, el rostro extraño de cualquier extraño atisbado esta mañana entre la multitud puede presentarse ante mí con nítida perfección al cerrar los ojos por la noche. La explicación es bastante sencilla, creo yo. Los rostros de los seres a quien mejor hemos conocido, los hemos visto desde tantos ángulos, bajo tantas luces y dotados de tantas expresiones (paseando, durmiendo, riéndose, llorando, comiendo, hablando o pensando), que todas estas impresiones se nos enmarañan simultáneamente, dentro de la memoria y quedan confundidas en un simple borrón. Pero su voz está todavía viva. Su voz añorada que en el momento menos pensado me puede convertir en un niño que se echa a llorar.

Dos

Por primera vez he vuelto atrás y he estado leyendo estas notas. Me he quedado horrorizado. Por la forma en que he venido hablando, cualquiera tendría derecho a pensar que lo que más me importa de la muerte de H. son sus efectos sobre mí mismo. Su punto de vista parece haber desaparecido del panorama. ¿Es que he olvidado aquel momento de amargura cuando exclamó «¡Y con lo que me queda por vivir!»? La felicidad no había llegado temprano en su vida. Mil años gozando de ella no habrían sido bastantes para hacerla sentirse *blasée*.[1] Su paladar para todo goce de los sentidos, de la inteligencia y del espíritu permanecía fresco e intacto. Nada se había desgastado dentro de ella. Le gustaban muchas cosas y le gustaban más que a nadie que yo haya conocido. Un noble apetito, largamente insatisfecho, encontró al fin su propio alimento y casi instantáneamente lo cogió al vuelo. El destino (o lo que quiera que sea) se deleita en crear una gran capacidad para luego frustrarla. Beethoven se quedó sordo. Medido por nuestro rasero, una broma cruel; la sarcástica triquiñuela de un imbécil rencoroso.

Tengo que pensar más en H. y menos en mí mismo.

Sí, ya, se dice muy fácil. Pero existe una dificultad. Estoy pensando en ella casi siempre. Pensando en la realidad de H.: en sus verdaderas palabras, miradas, risas y acciones. Y sin embargo es mi propia mente quien las selecciona y las agrupa. Ya ahora, a menos de un mes de distancia de su muerte, puedo percibir el lento e insidioso comienzo de un proceso que irá convirtiendo a la H. que recuerdo en una mujer cada vez más imaginaria. Claro que basándome en la realidad como me baso, no crearé nada totalmente ficticio, o por lo menos eso espero. Pero de todas maneras, ¿no resultará inevitablemente una composición cada vez más de mi propia cosecha? La realidad ya no está aquí para hacerme un chequeo, para agarrarme por las solapas, como ella, la real H., hizo tantas veces, tan de sopetón, a base de ser tan palmariamente ella y no yo.

El regalo más precioso que me hizo el matrimonio fue el de brindarme un choque constante con algo muy cercano e íntimo pero al mismo tiempo indefectiblemente otro y resistente, real, en una palabra. ¿Todo este trabajo ha de ser desmantelado? ¿Es que voy a tener que seguir llamando a H. para que se disgregue lamentablemente en ese no ser más que una de mis viejas fantasías de soltero? Ay amada, amada mía, vuelve por unos instantes y llévate a este miserable fantasma. ¿Por qué, oh Dios mío, te tomaste tantas molestias para sacar a la fuerza de su concha a esta criatura, si ahora la condenas a que sea nuevamente absorbida al interior de esa concha?

Hoy he tenido que ver a un hombre al que no había visto desde hace diez años. Y durante todo este lapso de tiempo creía que me estaba acordando correctamente de él, de cómo miraba y hablaba, del tipo de cosas que solía hacer. Al sobrevenir mi encuentro con su persona real, ésta, en diez minutos, hizo añicos aquella imagen. No porque haya cambiado propiamente hablando. Todo lo contrario. Me quedé pensando: «Ya, claro, sí, me había olvidado de que pensaba eso, o no le gustaba lo otro, o sabía lo de más allá, o sacudía la cabeza hacia atrás de esa manera». Sabía ya antes todas esas cosas y las reconocí en cuanto le volví a ver. Pero se habían desvanecido dentro de mi pintura mental de él, y cuando su actual presencia las volvió a poner en su sitio, el efecto del conjunto dio un resultado asombrosamente distinto de la imagen que yo había acarreado conmigo a lo largo de diez

años. ¿Cómo voy a poder esperar que no le pase lo mismo a mi recuerdo de H.? ¿No estará ocurriendo ya?

Poco a poco, quedamente, como copos de nieve —como esos pequeños copos que empiezan a caer cuando va a nevar toda la noche—, así de pequeños copos de mí, de mis impresiones, de mis propias selecciones, se van posando sobre la imagen de ella. Al final, la silueta real quedará bastante camuflada. Diez minutos, diez segundos de la H. real corregirían todo esto. Y a pesar de todo, incluso si esos diez segundos me fueran concedidos, un segundo más tarde los pequeños copos empezarían a caer de nuevo. El áspero, agudo, tonificante regusto de su otredad se ha esfumado.

¡Qué tentación tan lamentable la de decir: «Ella vivirá para siempre en mi memoria»! ¿Vivir? Eso es precisamente lo que nunca volverá a hacer. Puede uno pensar, si quiere, como los antiguos egipcios, que embalsamando a los muertos, los va uno a conservar. ¿Habrá algo capaz de persuadirnos de que no se han ido? ¿De que nos han dejado? Un cadáver, un recuerdo y un fantasma en sus diferentes versiones. Nada más que burlas, nada más que horrores.

Tres nuevas maneras de conjurar la palabra *muerto*. Era a H. a quien yo amaba. Pero si lo que quiero es enamorarme de mi recuerdo de ella, el resultado será una imagen elaborada por mí. Sería una especie de incesto.

Recuerdo que una mañana de verano, hace ya mucho tiempo, me quedé bastante horrorizado al ver que entraba en el cementerio de la iglesia un campesino fornido y jovial llevando una azada y un cubo de agua. Cerró la verja detrás de sí, al tiempo que les gritaba a dos amigos por encima del hombro: «Hasta luego, ahora voy a visitar a Mamá». Quería decir que iba a quitar las malas hierbas de su tumba, y a lavarla y a arreglarla. Me horrorizó porque esta forma de sentimiento, todo este lío de los cementerios, era y sigue siendo sencillamente odioso y hasta inconcebible, para mí. Pero a la luz de mis recientes reflexiones, estoy empezando a preguntarme si, caso de que uno pudiera tomar la opción de ese hombre (que yo no puedo), no habría bastante que decir al respecto. La Madre se había convertido para él en una cama florida de seis pies por tres. A eso se reducía el símbolo de ella, su relación con ella. Visitarla era cuidar de eso. ¿Y después de todo, no será mejor eso, en cierto sentido, que preservar y acariciar una imagen elaborada en el recuerdo? La tumba y la imagen tienen una función equivalente como lazos con lo irrecuperable y como símbolos de lo inimaginable. Pero en el segundo caso, se añade el inconveniente de que la imagen hace lo que uno le mande. Sonreirá o fruncirá la frente, será tierna, alegre, descarada o discutidora, según se lo vayan pidiendo mis humores. Es una marioneta cuyos hilos manejo. Claro que todavía no. La realidad aún está demasiado fresca. Todavía, gracias a Dios, una serie de recuerdos genuinos y totalmente involuntarios pueden irrumpir para arrancarme esos hilos de las manos. Pero la fatal obediencia a la imagen, mi insípida dependencia de ella, está condenada a aumentar. Y por otra parte, la tumba florida es un obstinado, resistente y a veces insoluble pedazo de realidad, tal como sin duda lo sería aquella Madre en vida. Como lo era H.

O mejor dicho como lo es. ¿Puedo asegurar honestamente que H. ahora ya no es nada? La mayoría de la gente con quien hablo, en el trabajo, me refiero, seguramente pensará que ella no está. Porque, naturalmente, no serían capaces de profundizar en mi punto de vista. O por lo menos no en el de ahora. ¿Qué pienso en realidad? Siempre he sido capaz de rezar por los demás muertos, y todavía

lo hago, con algo de fe. Pero cuando intento rezar por H., me sobresalto. La confusión y el trastorno se me vienen encima. Tengo una cadavérica sensación de irrealidad, de estar hablando al vacío sobre una entelequia.

Las razones de la diferencia están muy claras. Nunca sabe uno hasta qué punto cree en algo, mientras su verdad o su falsedad no se convierten en un asunto de vida o muerte. Es muy fácil decir que confías en la solidez y fuerza de una cuerda cuando la estás usando simplemente para atar una caja. Pero imagínate que te ves obligado a agarrarte a esa cuerda suspendido sobre un precipicio. Lo primero que descubrirás es que confiabas demasiado en ella. Pues con la gente pasa igual. Durante muchos años yo habría jurado que tenía una confianza absoluta en B. R. Pero llegó un día en que tuve que plantearme si confiarle o no un secreto realmente importante. Eso arrojó una luz totalmente nueva sobre lo que yo llamaba «fiarme de él». Me di cuenta de que no existía tal confianza. Solamente un riesgo real atestigua la realidad de una creencia. Seguramente la fe —creo que será fe— que me permite rezar por los otros muertos me ha parecido fuerte sólo porque no me ha importado en realidad, o al menos no de una forma desesperada, que existieran o no. Aunque creyera que me importaba.

Pero existen además otros inconvenientes. «¿Dónde está ella ahora?», lo que quiere decir es: *en qué sitio está en este mismo momento*. Pero si H. no es un cuerpo —y el cuerpo que yo amaba no cabe duda de que ya no es ella—, H. no está en ninguna parte en absoluto. Y «este mismo momento» es una fecha, un punto, en nuestras series de tiempo. Es como si se hubiera ido de viaje sin mí y yo dijera: «Me pregunto si estará en Euston ahora». Pero a no ser que ella avance a sesenta segundos por minuto, recorriendo esta misma línea de tiempo por la que vamos viajando los seres vivos, ¿qué sentido tiene decir *ahora*? Si los muertos no están en el tiempo, o por lo menos en nuestra clase de tiempo, ¿hay alguna diferencia notoria, cuando hablamos de ellos, entre *era, es* y *será*?

La gente buena me suele decir: «Está con Dios». En cierto sentido, esto es lo más probable. Ella, como Dios, es incomprensible e inimaginable.

Y, sin embargo, yo encuentro que esta cuestión, por importante que pueda ser en sí misma, no lo es tanto, a fin de cuentas, en relación con la pena. Vamos a suponer que las vidas terrenales que ella y yo compartimos durante unos pocos años no sean en realidad más que el fundamento, el preludio o la apariencia terrena de otros dos algos inimaginables, supercósmicos y eternos. Estos *algos* podrían ser representados pomo esferas o globos. Por donde el plano de la Naturaleza los atraviesa, aparecen como dos círculos o rebanadas de esfera. Dos círculos que se tocaban. Pues bien, estos dos círculos y sobre todo el punto en que se tocaban, es lo que realmente echo de menos, de lo que tengo hambre, por lo que llevo luto. Me decís: «Se ha ido». Pero mi corazón y mi cuerpo están gritando «¡Vuelve, vuelve! Vuelve a ser un círculo que toca el mío en el plano de la Naturaleza». Esto es imposible, claro, ya lo sé. Sé que la cosa que más deseo es precisamente la que nunca tendré. La vida de antes, las bromas, las bebidas, las discusiones, la cama, aquellos minúsculos y desgarradores lugares comunes. Desde cualquier punto de vista que se mire, decir «H. se ha muerto» es decir «Todo aquello se acabó». Forma parte del pasado. Y el pasado es pasado, que no otra cosa quiere decir el tiempo, porque el tiempo en sí mismo no es ya más que otro nombre de la muerte, y el mismo cielo una región donde han ido a parar las cosas de antaño, al fallecer.

Habladme de la verdad, de la Religión, y os escucharé de buen grado. Habladme de los deberes de la Religión y os escucharé sumiso. Pero no vengáis a hablarme de los consuelos de la Religión, o tendré que sospechar que no habéis entendido nada.

A no ser, claro, que creáis a pies juntillas en todo ese galimatías de las reuniones familiares *en el más allá* descritas en términos totalmente terrenales. Pero todo esto es contrario a las Sagradas Escrituras, está sacado de malos himnos y litografías. No existe en la Biblia una sola palabra acerca de ello. Y suena a hueco. Sabemos que no puede ser así, que la realidad nunca se repite. Nunca, cuando se nos quita una cosa, se nos devuelve exactamente la misma cosa. ¡Qué bien se las arreglan los espiritualistas para poner cebo a su anzuelo! «Las cosas en ese más allá no son tan diferentes, después de todo». También se fuman puros en el cielo. Eso es lo que a todos nos gustaría. La restauración del pasado feliz.

Y por esto, precisamente por esto, es por lo que clamo en mis locas plegarias y amorosas endechas de medianoche, lanzadas al vacío.

Y C., el pobre, me repite: «No te aflijas como los que no tienen esperanza». Me deja perplejo esa forma en que somos invitados a aplicarnos a nosotros mismos unas palabras evidentemente dedicadas a los mejores. Lo que dice San Pablo solamente puede confortar a quien ame a Dios más que a sus muertos y a sus muertos más que a sí mismo. Si una madre está llorando no por lo que ha perdido, sino por lo que ha perdido su hijo muerto, será un consuelo para ella pensar que el hijo no ha perdido la finalidad para la que fue creado. Y otro consuelo pensar que ella misma, al perder el principal motivo de su felicidad, el único natural, no ha perdido algo que vale mucho más, el poder conservar su esperanza de «glorificar a Dios y gozar de Él para siempre». Consolarse en el espíritu imperecedero de «Dios como meta» que dentro de la madre habite. Pero este consuelo no sirve para su maternidad. Lo específico de su felicidad maternal tiene que darlo por perdido. Nunca ya, en ningún sitio ni en ningún tiempo, volverá a sentar a su hijo en sus rodillas, ni a bañarlo, ni a contarle un cuento, ni a hacer proyectos para su futuro, nunca conocerá a los hijos de su hijo.

Me dicen que H. ahora es feliz, me dicen que descansa en paz. ¿Qué les hace estar tan seguros de esto? No quiero decir que yo tema lo peor. Casi sus últimas palabras fueron: «Me encuentro en paz con Dios». No siempre lo había estado. Y ella nunca mentía. No era fácil engañarla, y menos todavía cuando el engaño redundaba en su propio provecho. No es eso, pues, lo que quiero decir. Pero ¿cómo pueden estar seguros de que la angustia acaba con la muerte? Más de la mitad de los cristianos del mundo, y millones de seres en todo Oriente, piensan de otra manera. ¿Cómo pueden saber que descansa en paz? ¿Por qué la separación (ciñéndonos sólo a ella), esa separación que es agonía para el amante abandonado, habría de ser indolora para el amante que nos deja?

«Porque ella ahora está en las manos de Dios». Pero si esto fuera así, tendría que haber estado en manos de Dios todo el tiempo, y yo he sido testigo del trato que esas manos le dieron en la tierra. ¿Van a volverse más cariñosas para nosotros justo en el momento en que nos escapamos del cuerpo? ¿Y por qué razón? Si la bondad de Dios no es consecuente con el daño que nos inflige, una de dos: o Dios no es bueno, o no existe; porque en la única vida que nos es dado conocer nos golpea hasta grados inimaginables, nos hace un daño que supera nuestros más negros presagios. Y si Dios es consecuente al hacernos daño, puede seguírnoslo haciendo después de muertos de una forma tan

insoportable como antes.

A veces resulta difícil no decir: «Dios perdona a Dios», y otras lo que resulta difícil es llegar a decir tanto. Porque Él, si nuestra fe no nos engaña, no fue tal cosa lo que hizo. Se crucificó a Él mismo.

Vamos a ver, ¿qué adelantamos con las evasiones? Estamos atrapados y no podemos escapar. La realidad, mirada cara a cara, es insoportable. ¿Y cómo y por qué una realidad de este tipo ha florecido (o se ha enconado) por doquier hasta dar en el terrible fenómeno que llamamos consciencia? ¿Por qué ha producido seres como nosotros capaces de verla y de retroceder con repugnancia una vez que la han visto? Y —lo que es más raro todavía— ¿quién va a tener ganas de verla y tomarse la molestia de sacarla a la luz, si nada nos obliga a hacerlo, si a su vista se abren incurables llagas en el corazón? ¿Quién? Pues gente como la misma H., que estaba empeñada en alcanzar la verdad a toda costa.

Si H. *no existe*, entonces es que nunca existió. Confundí una nube de átomos con una persona. No existe nadie, nunca existió nadie. Solamente la muerte revela una vacuidad que siempre estuvo ahí. Lo que llamamos seres vivientes son sencillamente aquellos que todavía no han sido desenmascarados. Todos en idéntica bancarrota, sólo que aún no declarada en algunos casos.

Pero esto puede que sea una tontería. ¿Vacuidad revelada a quién?, ¿bancarrota declarada a quién? A otras cajas de fuegos artificiales o de nubes de átomos. Nunca creeré —mejor dicho, no lo puedo creer— que una serie de elementos físicos pueda acarrear el error de otros de otro tipo.

No, el verdadero miedo que tengo no es al materialismo. Si fuera verdad, nosotros —o lo que confundimos con *nosotros*— podríamos sacar la cabeza, salir de la trampa. Una sobredosis de somnífero, y asunto concluido. Lo que realmente me asusta es pensar que somos ratones atrapados en una ratonera. O, todavía peor, ratones en un laboratorio. Creo recordar que alguien dijo: «Dios siempre geometriza». ¿No querría decir en realidad: «Dios siempre descuartiza»?

Más tarde o más temprano tendré que enfrentarme con la pregunta claramente y sin rodeos: Dejando aparte nuestros propios y más desesperados deseos, ¿qué razón tenemos para creer que Dios, con arreglo a cualquier patrón que podamos concebir, es *bueno*? ¿Es que toda evidencia inmediata no sugiere exactamente lo contrario? ¿Qué podemos oponer a esto?

Podemos oponer a Jesucristo. Pero ¿y si Él se hubiera equivocado? Las que fueron casi sus últimas palabras encerraban un mensaje bien claro a este respecto. Acababa de entender que el Ser Supremo a quien llamaba Padre era infinita y tremendamente diferente de lo que Él había imaginado. El anzuelo, tan larga y cuidadosamente aparejado, tan sutilmente tendido, se lo tragó al final, en la cruz. La vil broma pasada se había consumado con éxito.

Lo que me estrangula cualquier plegaria o esperanza es el recuerdo de todas las plegarias que H. y yo alzamos al cielo y todas las falsas esperanzas que abrigamos. Esperanzas que no tomaban vuelo meramente al calor de nuestro propio deseo, no, eran esperanzas a las que daban pábulo, aun en contra de nuestra voluntad, los falsos diagnósticos, las radiografías, las extrañas remisiones o una mejoría provisional que podía tomarse por milagro. Paso a paso nos encaminábamos hacia «el sendero del paraíso». Y una hora tras otra, a medida que Él se mostraba más misericordioso, lo que estaba haciendo en realidad era preparar la próxima tortura.

Esto lo escribí anoche. Se trataba de un aullido más que de un pensamiento. Voy a intentar volver sobre ello. ¿Es racional creer en un Dios malo? ¿O en ese caso en un Dios sumamente malo, un Sádico del Cosmos, un imbécil cargado de rencor?

Creo que resulta, cuando menos, demasiado antropomórfico. Llegar a figurarse así a Dios es mucho más antropomórfico que pintarlo como un viejo rey de luenga barba y gesto grave. Esta imagen es un arquetipo jungiano. Vincula a Dios con todos los reyes Viejos y sabios de los cuentos de hadas, con los profetas, con los sabios, con los magos. Aunque, desde un punto de vista formal, sea el retrato de un hombre, sugiere algo que rebasa la humanidad. O induce a pensar, por lo menos, en algo más viejo que uno mismo, que encierra sabiduría, en algo que no se puede llegar uno a imaginar. Algo que preserva el misterio. Y de ahí que dé cabida a la esperanza. Y de ahí que ceda el paso a un pavor reverente que no tiene por qué confundirse con el simple miedo a un potentado desdeñoso. Pero el cuadro que yo estaba elaborando anoche era simplemente el retrato de un hombre parecido a S. C., que solía sentarse junto a mí para cenar y contarme lo que les había estado haciendo a sus gatos aquella tarde. Ahora bien, un ser como S. C., por mucho que quiera uno magnificarlo, no podría crear, inventar ni gobernar cosa alguna. Podría preparar anzuelos y tratar de ponerles cebos. Pero nunca se le ocurriría pensar en cebos como amor, risa, narcisos o una puesta de sol glacial. ¿Cómo iba a inventar un universo si no pudo crear una broma, ni un saludo, ni una disculpa, ni un amigo?

¿O es que vamos a acoger en serio la idea de un Dios malo, colándose por la puerta trasera, a través de una especie de Calvinismo llevado a sus extremos? Se nos podrá decir que somos seres caídos y depravados. Tan depravados que nuestra noción de bondad es inoperante, menos que nada: el mero hecho de que pensemos en algo bueno, encierra la presunta evidencia de su real maldad. De hecho Dios —y en eso se revelan verdaderos nuestros más crudos temores— posee todas las características que atribuimos a los malos: irracionalidad, vanidad, revanchismo, injusticia, crueldad. Pero todos estos puntos negros (tal como aparecen ante nosotros) son realmente luminosos. No es más que nuestra depravación lo que hace que nos parezcan negros.

¿Y entonces qué? A efectos prácticos y especulativos, eso es como borrar a Dios de la pizarra. La palabra «bueno», aplicada a Él, se vacía de sentido, se vuelve abracadabra. No hay razón para que le obedezcamos. Ni siquiera para que le tengamos miedo. Es verdad que tenemos sus amenazas y sus promesas. Pero ¿por qué habría que tomárselas en serio? Si, desde el punto de vista, la crueldad es algo bueno, decir mentiras también puede ser bueno. Y aunque fueran verdades, ¿con eso qué? Si las ideas de Dios sobre lo bueno son tan diferentes de las nuestras, lo que Él llama *Cielo* bien puede corresponder a lo que nosotros llamaríamos Infierno, y viceversa. Y por último, si carece hasta tal punto de sentido en sus mismas raíces (o dándole la vuelta, si nosotros somos tan absolutamente imbéciles), ¿qué más da ponerse a pensar en Dios que en otra cosa cualquiera? El nudo se afloja cuanto más intenta uno apretarlo.

¿Por qué le doy cabida en mi mente a tanta basura y bagatela? ¿Acaso espero que disfrazando de pensamiento a mi sentir, voy a sentir menos intensamente? ¿No son todas estas notas las contorsiones sin sentido de un hombre incapaz de aceptar que lo único que podemos hacer con el sufrimiento es aguantarlo? Un hombre empeñado en seguir pensando que hay alguna estrategia (que es cuestión de

encontrarla) capaz de lograr que el dolor no duela. Pero en realidad da igual agarrarse crispadamente a los brazos del sillón del dentista que dejar las manos reposando en el regazo. El taladro taladra igual.

Y la pena se sigue sintiendo como miedo. Aunque tal vez fuera más exacto decir que como un «suspense». O como una expectativa; eso es. Es como estar colgado a la espera de algo que va a pasar. Esto confiere a la vida una sensación permanente de provisionalidad. Parece como si no valiera la pena empezar nada. No soy capaz de encontrar asiento, ando azogado y nervioso, bostezo, fumo muchísimo. Antes nunca llegaba a tiempo para nada. Ahora no hay nada más que tiempo. Tiempo en estado casi puro, una vacía continuidad.

Eramos uña y carne. O, si lo preferís, un solo barco. El motor de proa se fue al garete. Y el motorcito de reserva, que soy yo, tiene que ir traqueteando a duras penas hasta tocar puerto. O, mejor dicho, hasta que acabe el viaje. ¿Cómo voy a poder alcanzar el puerto? Más que una orilla resguardada, lo que hay es una noche oscura, un huracán ensordecedor, olas gigantes que se te echan encima y el oscilar en el naufragio de cualquier luz que brille en tierra. Así era la recalada de H. Y también la de mi madre. Me refiero a su forma de avistar tierra, no a su forma de llegar.

Tres

No es verdad que esté pensando siempre en H. El trabajo y la conversación me lo hacen imposible. Pero los ratos en que no estoy pensando en ella puede que sean los peores. Porque entonces, aunque haya olvidado el motivo, se extiende por encima de todas las cosas una vaga sensación de falsedad, de despropósito. Como en esos sueños en que no ocurre nada terrible —ni siquiera que parezca digno de mención al contarlos a la hora del desayuno—, y sin embargo la atmósfera y el sabor del conjunto son mortíferos. Pues igual. Veo rojear las bayas del fresno silvestre y durante unos instantes no entiendo por qué precisamente ellas pueden resultar deprimentes. Oigo sonar una campana y una cierta calidad que antes tenía su tañido se ha esfumado en él. ¿Qué pasa con el mundo para que se haya vuelto tan chato, tan mezquino, para que parezca tan gastado?

Y entonces caigo en la cuenta.

Ésta es una de las cosas que más miedo me dan. Las agonías, los momentos nocturnos de locura, siguiendo un curso natural, tendrán que acabar por desvanecerse. Pero ¿y qué viene luego? ¿Nada más que esta apatía, esta mortal insulsez? ¿Llegará un día en que deje de chocarme que el mundo me parezca una calle tan estrecha, por haber llegado a aceptar la sordidez como cosa normal? ¿Es que la pena acaba por desleírse en aburrimiento matizado por una ligera náusea?

Sentimientos, sentimientos, sentimientos. Vamos a ver si en vez de tanto sentir puedo pensar un poco. Desde un punto de vista racional, ¿qué nuevo factor ha introducido en la problemática del universo la muerte de H.? ¿Qué pie me ha dado para dudar de todo lo que creo? Yo ya sabía que estas cosas, y otras peores, ocurren a diario. Y habría jurado que contaba con ello. Me habían advertido —y yo mismo estaba sobre aviso— que no contara con la felicidad terrenal. Incluso ella y yo nos habíamos prometido sufrimientos. Eso formaba parte del programa. Nos habían dicho: «Bienaventurados los que lloran», y yo lo aceptaba. No me ha pasado nada que no tuviera previsto. Claro que es diferente cuando una cosa así le pasa a uno y no a los demás, cuando pasa en realidad, no a través de la imaginación. Sí, pero a pesar de todo, ¿puede suponer una diferencia tan enorme para un hombre en sus cabales? No. Ni tampoco para un hombre cuya fe no fuera de pacotilla y al que de verdad le importaran los sufrimientos ajenos. La cuestión está bien clara. Si me han derribado la casa de un manotazo, es porque se trataba de un castillo de naipes. La fe que «contaba con todas esas cosas» no era fe, sino simple imaginación. Tomarlas en cuenta no significaba simpatizar realmente con ellas. Si a mí me hubieran importado —como creí que me importaban— las tribulaciones de la gente, no me habría sentido tan disminuido cuando llegó la hora de mi propia tribulación. Se trataba de una fe imaginaria jugando con fichas inocuas donde se leía «Enfermedad», «Dolor», «Muerte» y «Soledad». Me parecía que tenía confianza en la cuerda hasta que me importó realmente el hecho de que me sujetara o no. Ahora que me importa, me doy cuenta de que no la tenía.

Los jugadores de bridge me dicen que tiene que haber algún dinero circulando en juego porque si no «la gente no se lo toma en serio». Parece que esto también es algo así. Se puede apostar por Dios o por la negación de Dios, por un Dios bueno o por el Sádico del Cosmos, por la vida eterna o por la nada, pero depende de lo que se haya expuesto en el envite el que éste sea serio o no lo sea. Y nunca se entera uno de lo serio que era hasta que las apuestas se disparan a una altura horrible; hasta que se

da uno cuenta de que no está jugando con fichas o con calderilla, sino que lo que está en juego es hasta el último penique que puede llegar a adquirirse en el mundo. Nada más que eso es capaz de zarandear a un hombre —o por lo menos a un hombre como yo— y sacarlo de sus pensamientos de boquilla y de sus creencias meramente especulativas. Tiene que sentirse entontecido por el puñetazo para poder volver luego a sus cabales. Solamente la tortura saca a la luz la verdad. Sólo bajo tortura podrá el hombre descubrirse a sí mismo.

Y seguramente también tendré que admitir —H. me habría obligado a admitirlo inmediatamente— que, si mi casa era un castillo de naipes, cuanto antes me lo derribaran, mejor. Y ese derribo no lo logra más que el sufrimiento. Pero ahí es donde el Sádico del Cosmos y Eterno Despiezador se convierte en una hipótesis innecesaria.

Ahora bien, esta última anotación, ¿no está dando fe de que no tengo cura; de que cuando la realidad hace añicos mis sueños, lo que hago es desinflarme y gruñir mientras dura el primer golpe, y luego ponerme a reunir otra vez los añicos y a tratar de pegarlos pacientemente, estúpidamente? ¿Y siempre va a ser así? ¿Siempre que se caiga el castillo de naipes me voy a poner a reconstruirlo de nuevo? ¿No es precisamente eso lo que estoy haciendo ahora?

En el fondo es como si lo que podría llamarse —caso de que se produjera— «restauración de la fe», resultara ser también otro castillo de naipes. Y no sabré si lo es o no hasta que llegue el segundo golpe, por ejemplo cuando también a mi cuerpo se le diagnostique una enfermedad irreversible, o estalle la guerra, mi trabajo se hunda en la ruina por haber cometido en él algún error irreparable. Pero aquí se perfilan dos preguntas. ¿En qué sentido sería eso un castillo de naipes? ¿Por ser un mero sueño las cosas en que creo o porque lo único que hago es soñar que creo en ellas?

En cuanto a las cosas mismas, ¿por qué regla de tres lo que pensaba de ellas hace una semana va a ser más digno de crédito que las nociones más correctas que tengo ahora? Creo firmemente que ahora, en términos generales, soy una persona más cuerda que entonces. ¿Por qué habría de ser particularmente de fiar aquel imaginarme a mí mismo irremisiblemente como un hombre desorientado? (Como alguien a quien han golpeado, escribí). ¿Tal vez porque esas imaginaciones no entrañaban espejismo? ¿O porque, al ser tan horribles, resultaba más probable, por eso mismo, que fueran verdad? Pero los temores tienen su cumplimiento, igual que lo tienen los sueños. ¿Y eran tan sumamente desagradables? No. En cierto modo, a mí me gustaban. Incluso me doy cuenta de que opongo un leve rechazo a aceptar los pensamientos de signo opuesto. Toda esa mandanga del Sádico del Cosmos no era tanto la expresión de un pensamiento como de un odio. Sacaba de ello la única compensación que puede esperar un hombre atormentado: el derecho al pataleo. Era realmente un puro Billingsgate[2] el insulto por el insulto: «echarle a Dios en cara lo que pensaba de Él». Y, claro, como en todo lenguaje injurioso, «lo que pensaba» no era exactamente lo que creía de verdad. Era lo que creía que más podía ofenderle a Él y a sus fieles. Este tipo de cosas nunca dejan de decirse con algo de placer. Sirven de desahogo. Y, por unos momentos, se siente uno mejor.

Pero un estado de ánimo no es garantía de nada. Naturalmente que el gato puede bufarle al cirujano y escupirle si puede. Pero el *quid* de la cuestión está en saber si es un veterinario o un disecador. Los malos modos del gato no arrojan luz sobre la cuestión ni en un sentido ni en otro.

Y yo puedo atribuirle a Dios el papel de veterinario cuando pienso en mis propios sufrimientos.

La cosa se pone más difícil cuando pienso en los de ella. ¿Qué es la pena comparada con el dolor físico? Digan lo que digan los necios, el cuerpo puede llegar a sufrir veinte veces más que el alma. La mente siempre tiene alguna capacidad de evasión. En el peor de los casos, un pensamiento insoportable lo más que hace es volver una y otra vez, pero el dolor físico puede ser completamente ininterrumpido. La pena es comparable a un bombardero que nos sobrevuela dando vueltas y dispuesto a soltar una bomba cada vez que una de estas vueltas desde arriba coincide justamente con nuestra cabeza. El dolor físico es como el fuego constante en una trinchera durante la Primera Guerra Mundial, horas y horas sin cejar ni un minuto. El pensamiento nunca es estático, el dolor físico lo es muchas veces.

¿Qué clase de amante soy yo, pensando tan sin cesar en mis tribulaciones y tan poco en las de ella? Hasta cuando la llamo locamente y le pido «¡Vuelve!», lo hago de forma egoísta. Nunca se me ha ocurrido plantearme la cuestión de si esa vuelta, caso de ser posible, sería buena para ella. Necesito su vuelta como un ingrediente para la restauración de mi pasado. ¿Cabría desear por mi parte algo peor para ella? ¿Haber alcanzado la meta una vez, a través de la muerte de nuevo? Dicen que San Esteban fue el primer mártir. Decir esto, ¿no es tratar injustamente a Lázaro?

Empiezo a ver claro. Mi amor por H. y mi fe en Dios eran de una calidad muy parecida. Tampoco es que quiera exagerar. Si había algo más que imaginación en mi fe o algo más que egoísmo en mi amor, eso Dios lo sabrá. Yo no lo sé. Debía haber algo más, sobre todo en mi amor por H. Pero ni una ni otro eran lo que yo creía. Ambas tuvieron mucho de castillo de naipes.

¿Qué más da el proceso que lleve mi pena ni lo que haga con ella? ¿Qué más da mi manera de recordar a H. o incluso que la recuerde o no? Ninguna de estas alternativas servirán para dulcificar o agravar las angustias que pasó ella.

Las angustias que pasó. ¿Y cómo puedo saber que sus angustias pasaron? Antes nunca creía —o lo consideraba altamente improbable— que el alma más colmada de fe pudiera zambullirse en la perfección y en la paz cuando el estertor de la muerte le estuviera rechinando en la garganta. Sería un espejismo redomado edificar ahora tal creencia. H. era un ser esplendoroso, un alma recta, brillante y con temple de acero. Pero no una santa sin fisuras. Era una pecadora, Casada con un pecador; dos penitentes de Dios no redimidos aún. Me doy cuenta de que no solamente quedan lágrimas por enjugar sino también manchas por limpiar. El acero se tiene que abrillantar más todavía.

Pero, oh, Dios misericordioso, ya despedazaste su cuerpo en el potro de tortura, cuando aún lo llevaba puesto, un mes detrás de otro, una semana detrás de otra. ¿No te basta con eso?

Lo más horrible es que, en estos asuntos, un Dios bueno a carta cabal resulte menos de temer que un Sádico del Cosmos. Cuanto más creemos que Dios nos hace daño solamente por nuestro bien, menos capaces somos de concebir que implorar compasión no vaya a servir de nada. Un hombre cruel puede ser sobornado, puede llegar a cansarse de su abyecto deporte, puede tener un ataque transitorio de piedad, igual que los alcohólicos atraviesan fases de sobriedad. Pero imagina que quien te pone en un aprieto es un cirujano cuyas intenciones son buenas sin sombra de mal alguno. Cuanto más acendradas sean su bondad y su esmero, más inexorable se mostrará en manejar el bisturí. Si cediese a nuestras súplicas, si interrumpiese la operación antes de darla por concluida, todo el dolor padecido hasta ese momento no habría servido para nada. Pero ¿es posible creer que

una tortura llevada a tales extremos le venga bien a nadie? En fin, cada uno que piense lo que quiera. Las torturas tienen lugar. Si son innecesarias, es que no existe Dios o que el que hay es malo. Si existe un Dios bienintencionado, será que esas torturas son necesarias. Porque ningún Ser medianamente bueno podría infligirlas o permitírselas, si hubiera otro remedio.

De un modo o de otro, hay que pasarlas.

¿Qué quiere decir la gente cuando afirma: «Yo a Dios no le tengo miedo porque sé que es bueno»? ¿Han ido al dentista alguna vez?

El caso es que esto es insoportable. Y me pongo a balbucear: «Si pudiera aguantarlo, o por lo menos una parte, la peor, sufrirlo yo en vez de ella». Pero no se puede saber hasta qué punto va en serio esta oferta, porque en realidad no se ha apostado nada. Si de repente «sufrir en vez de ella» se convirtiera en una posibilidad real, entonces por primera vez nos daríamos cuenta de la importancia de su significado. ¿Se nos ha permitido esto alguna vez?

Se le permitió a una Persona, según nos han contado, y me doy cuenta de que ahora puedo volver a creer que Él hizo en nombre de otro todo lo que es posible hacer en ese sentido. Y Él contesta a nuestro balbuceo: «No puedes y no te atreves. Yo pude y me atreví».

Me ha ocurrido algo bastante inesperado. Fue esta mañana temprano. Por una serie de razones, no todas misteriosas en sí mismas, mi corazón estaba más aliviado que nunca desde hacía varias semanas. En primer lugar, creo que me estoy recuperando físicamente de una sobrecarga de simple agotamiento. Y el día antes había pasado once horas de un cansancio saludable, seguidas a la noche de un sueño profundo. Y después de tres días de nubarrones bajos y grises y de una humedad bochornosa y estática, el cielo brillaba y había una brisa ligera. Y de repente, en el mismo momento en que por última vez, hasta ahora, estaba llorando por H. me acordé de su parte mejor. En realidad se trataba de algo casi mejor que el recuerdo: una impresión momentánea e irrefutable. Decir que fue como un encuentro sería ir demasiado lejos. Pero había algo en ella que provocaba la tentación de explicarla en tales términos. Era como si la pesadumbre, al alzar el vuelo, derribase una barrera.

¿Por qué nadie me había avisado de una cosa así? ¡Cuán a la ligera habría yo juzgado a otro hombre en semejante situación! Seguro que habría dicho: «Lo ha superado. Ha olvidado a su mujer», cuando la verdadera interpretación sería: «La recuerda mejor precisamente porque lo ha superado en parte».

Eso fue lo que me pasó. Y creo que puedo sacar partido de ello. No somos propiamente capaces de ver nada cuando tenemos los ojos enturbiados por las lágrimas. No podemos, en la mayoría de los casos, alcanzar lo que deseamos si lo deseamos de una forma demasiado compulsiva, o por lo menos no seremos capaces de sacar de ello lo mejor que tiene. Decir «¡Venga!, vamos a tener una conversación buena de verdad» al más pintado lo condena al silencio, y decir: «Tengo que dormir a pierna suelta esta noche» desemboca en horas de insomnio. Las bebidas más refinadas no sirven de nada para una sed realmente voraz. ¿No podría compararse esto a la cruda intensidad de la añoranza que descorre el telón de acero, que nos hace sentir que estamos mirando al vacío cuando pensamos en nuestra propia muerte? «Ellos, los que piden» (o en todo caso «que piden de forma demasiado importuna») no recibirán. Tal vez no puedan.

Y quién sabe si con Dios no pasará lo mismo. Poco a poco he llegado a sentir que la puerta ya no

está cerrada ni tiene echados los cerrojos. ¿No sería mi propia necesidad frenética lo que me la cerraba en las narices? Los momentos en que el alma no encierra más que un puro grito de auxilio deben ser precisamente aquellos en que Dios no la puede socorrer. Igual que un hombre a punto de ahogarse al que nadie puede socorrer porque se aferra a quien lo intenta y le aprieta sin dejarle respiro. Es muy posible que nuestros propios gritos reiterados ensordezcan la voz que esperábamos oír.

Porque por mucho que nos digan: «Llama y se te abrirá», llamar no significa aporrear y martillear la puerta como un poseso. Se nos dice también: «A los que tienen sed se les dará». Pero, a fin de cuentas, hay que tener capacidad para recibir; si no, ni la omnipotencia sería capaz de dar. Seguramente es la propia pasión lo que destruye temporalmente esa capacidad.

Toda clase de errores son posibles cuando se tienen tratos con Él. Hace mucho tiempo, antes de casarnos, recuerdo que H. estuvo obsesionada toda una mañana durante su trabajo con la oscura sensación de que tenía a Dios «pisándole los talones», por así decirlo, y reclamando su atención. Y claro, no siendo una santa como no lo era, tuvo la impresión de que se trataba, como suele tratarse, de una cuestión de pecado impenitente o de tedioso deber. Hasta que por fin se entregó —yo sé bien hasta qué punto se aplazan estas cosas— y miró a Dios a la cara. Y como el mensaje era: «Quiero *darte* algo», inmediatamente ella se adentró en la alegría.

Creo que estoy empezando a entender por qué la pena se siente como una expectativa. Procede de la frustración de tantos impulsos que se han hecho habituales. Todos mis pensamientos, sentimientos y acciones, uno por uno, tenían a H. por objeto. Sigo por rutina tensando el arco en la cuerda, pero de repente recapacito y me rindo a la evidencia. He tomado uno de los muchos caminos que llevan al pensamiento hacia H. Pero ahora hay un paso a nivel infranqueable que se cruza en mi ruta. Antes tantos caminos y ahora tantos callejones sin salida.

Y es que una buena esposa ¡contiene en su entraña a tantas personas! ¿Qué es lo que no era H. para mí? Era mi hija y mi madre, mi alumna y unión entre esas personas, mi camarada de fiar, mi amigo, mi compañero de viaje, mi colega de «mili». Mi amante, pero al mismo tiempo todo lo que ha podido ser para mí cualquier amigo de mi propio sexo (y los he tenido buenos). Tal vez incluso más. Si no nos hubiéramos enamorado, no por eso hubiéramos dejado de estar siempre juntos, y habríamos sido piedra de escándalo. A eso me refería cuando una vez le encomiaba a ella sus «virtudes masculinas». Pero enseguida me paró los pies preguntándome si a mí me gustaría ser ensalzado por mis virtudes femeninas. Fue una buena réplica, querida. Aunque había en ella algo de las Amazonas, algo de Penthesilea y Camila. Y tanto tú como yo nos alegramos de que lo hubiera. A ti te alegró que yo lo reconociese.

Salomón llama Hermana a su novia. ¿Pudo ser una mujer esposa cabal sin que en algún momento, bajo un peculiar estado de ánimo, un hombre no se sintiera inclinado a llamarla Hermana?

De nuestro matrimonio me veo tentado a decir «que era demasiado perfecto para durar». Pero esto puede entenderse en dos sentidos. Se puede tomar como una frase encarnizadamente pesimista, como si Dios, en cuanto se hubiera dado cuenta de que dos de sus criaturas eran felices, hubiera dado el frenazo («¡Aquí no consentimos nada de eso!»). Como la Anfitriona de un *party* cuando separa a dos de sus invitados tan pronto como éstos dan muestras de estar anudando una verdadera

conversación. Pero también puede querer decir: «Este asunto ha alcanzado su propio nivel de perfección. Ya ha llegado adonde estaba llamado a llegar. Así que no hay razón para que se prolongue». Como si Dios dijera: «Está bien, habéis hecho una obra maestra de este ejercicio. Estoy muy contento de ello. Y ahora ya estáis capacitados para acceder al próximo». Una vez que ha aprendido uno a hacer ecuaciones de segundo grado y a divertirse haciéndolas, no hay por qué seguir demorándose en ello. El profesor nos incita a progresar.

Porque realmente aprendimos algo y lo llevamos a su consumación. Ya se esconda o se ostente, hay siempre una espada entre uno y otro sexo, hasta que un matrimonio cabal los reconcilia. En nosotros, los hombres, es una arrogancia llamar «masculinas» a la franqueza, la justicia, y la caballerosidad, cuando se dan en una mujer. Y en ellas es arrogancia adjetivar de «femeninos» el tacto, la ternura y la sensibilidad de un hombre. Pero también lo más que pueden hacer esos pobres y pervertidos fragmentos de humanidad, meros hombres y mujeres, es sacar provecho de las implicaciones de esta arrogancia. El matrimonio brinda un remedio. Juntándose uno con otro llegan a ser plenamente humanos. «Dios los creó a su imagen y semejanza». Y de ahí se deriva, paradójicamente, que este carnaval de sexualidad nos conduzca más allá de nuestro propio sexo.

Y de pronto, al uno o al otro les llega la muerte. Y lo vemos como un tajo en seco al amor. Como la interrupción en el curso de una danza, como una flor con la cabeza desventuradamente tronchada, algo que se trancó y perdió, por tanto, su debida forma. Me pregunto si es así. Si, como no puedo por menos de sospechar, el muerto también sufre el dolor de la separación (y debe ser éste el mayor purgatorio de sus padecimientos), eso quiere decir que para ambos amantes —y para todas las parejas de amantes sin excepción—, el duelo forma parte integral y universal de la experiencia del amor. Es una continuación del matrimonio, de la misma manera que el matrimonio es una continuación del noviazgo o que el otoño es una continuación del invierno. No se trunca el proceso; es una de sus fases. No se interrumpe la danza; es la postura siguiente. Mientras el ser amado está aquí todavía, vive uno «fuera de sí». Luego viene la trágica postura de la danza, y tiene uno que aprender a seguir estando fuera de sí, aun careciendo de esa presencia corporal, aprender a amar a la Ella verdadera, en vez de retroceder a amar nuestro pasado, nuestra memoria, nuestra pesadumbre, nuestro alivio de la pesadumbre, nuestro propio amor.

Mirando hacia atrás, me doy cuenta de que hasta hace muy poco estaba totalmente obsesionado por el recuerdo de H., dándole vueltas a lo falso que pudiera o no llegar a volverse. Por no sé qué razón —el misericordioso buen sentido de Dios es la única que se me viene a las mientes— he dejado de preocuparme por esto. Y lo más curioso es que desde que ha dejado de preocuparme, parece como si ella me saliera al encuentro por doquier. «Salirme al encuentro» es demasiado decir. No me refiero a nada ni lejanamente parecido a una aparición o a una voz. Ni siquiera me refiero a ninguna impresionante experiencia emocional en un momento determinado. Se trata más bien de la sensación despejada pero imponente de que H. es, más que nunca, un factor a considerar.

«Un factor a considerar» tal vez sea una forma poco acertada de exponerlo. Suena como si H. fuera un arma arrojadiza. ¿Cómo puedo expresarlo mejor? ¿Diciendo «momentáneamente real» o «tenazmente real»? Es como si la experiencia me dijera: «Te gusta mucho, reconócelo, muchísimo que H. sea todavía un factor. Pero date cuenta además de que seguiría igualmente siendo un factor, te

gustara o no. Tus preferencias no cuentan».

¿Y hasta dónde he llegado con esto? Pues creo que tan lejos como un viudo de otra índole que, dejando por un momento de curvarse sobre el azadón, contestase así a nuestras preguntas: «Alabado sea Dios. De nada sirve lamentarse. La echo de menos de una manera horrible. Pero dicen que estas cosas nos vienen enviadas para probamos». Hemos llegado al mismo punto: él con su azadón, y yo —que no estoy ahora precisamente en condiciones de ponerme a cavar— con mi propio instrumento. Claro que lo de «enviadas para probarnos» conviene entenderlo a derechas. Dios no ha estado ensayando un experimento sobre mi fe o mi amor con vistas a poner en claro su calidad. Esa calidad ya la conocía Él. Era yo quien no la conocía. En este juicio Dios nos obliga a ocupar al mismo tiempo el banquillo de los acusados, el escaño de los testigos y el tribunal. Él siempre supo que mi templo era un castillo de naipes. Su única manera de metérmelo en la cabeza era desbaratarlo.

¿Tan fácil era el restablecimiento? Pero no, las palabras son ambiguas. Decir de un paciente que se está restableciendo tras una operación de apendicitis es una cosa, y otra muy distinta aplicárselo a alguien a quien han amputado una pierna. En una operación como ésta, una de dos: o el muñón herido cicatriza o el paciente muere. Si cicatriza, el atroz y continuado dolor cesará. Ese hombre, en adelante, tendrá que sacar fuerzas de flaqueza para andar lo mejor posible con la pata de palo. Se ha operado «un restablecimiento». Pero lo más probable es que a lo largo de toda su vida siga teniendo dolores recurrentes en el muñón, y seguramente bastante malos de aguantar. Y siempre será un hombre con una pierna mutilada. Será difícil que pueda olvidarlo ni por un momento. Al bañarse, vestirse, sentarse y volverse a levantar, incluso estar metido en la cama, todo se habrá vuelto distinto. Habrá cambiado su estilo total de vida. Toda clase de placeres y actividades que antaño daba por naturales, de pronto le están vedados sin más. Y también los derechos. Ahora estoy aprendiendo a andar con muletas. Dentro de poco puede que me pongan una pierna ortopédica. Pero nunca volveré a ser un bípedo.

No se puede negar que en cierto sentido «me encuentro mejor», pero de repente con eso me viene una especie de vergüenza y la sensación de que estoy sometido a algo así como un deber de mimar, fomentar y hacer duradera mi propia infelicidad. Había oído hablar de esto en los libros, pero nunca imaginé que me iba a pasar a mí. Estoy seguro de que a H. no le gustaría. Me diría que no fuera tonto. Y casi seguro que Dios me diría lo mismo. ¿Qué se oculta detrás de todo esto?

En parte vanidad, sin duda. Queremos demostrarnos a nosotros mismos que somos amantes superiores, héroes de tragedia griega. No seres corrientes y molientes engrosando el inmenso batallón de los afligidos y esforzándose por sacarle el mejor partido posible a una tarea ingrata. Pero con esto no queda totalmente explicado el asunto.

Creo que es también una cuestión de despiste. No deseamos realmente que la pena se prolongue en su primer estadio de agonía. Nadie podría desear eso. Pero deseamos algo más, algo de lo que la pena es normal síntoma, y lo que pasa es que confundimos el síntoma con la cosa misma. Escribía la otra noche que la aflicción no es el truncamiento del amor conyugal sino una de sus fases regulares, como lo es la luna de miel. De lo que se trata es de vivir el matrimonio cabal y fielmente también a través de esta fase. Si duele —y claro que duele— hay que aceptar tal dolor como un elemento inherente a esta fase. No pretender esquivarlo a costa de la deserción o el divorcio, de matar al

muerto por segunda vez. Éramos uña y carne. Ahora la uña se ha separado de la carne, no vamos a pretender que el dedo esté completo. Seguiremos casados, seguiremos enamorados. Y, por tanto, seguiremos sufriendo. Pero, si nos aclaramos con nosotros mismos, no vamos a estar buscando el dolor por el dolor. Cuanto menos, mejor, para que el matrimonio se conserve. Y cuanta más alegría pueda haber en la unión entre un vivo y un muerto, mejor también.

Mejor por cualquier parte que se mire. Porque he descubierto una cosa, el dolor enconado no nos une con los muertos, nos separa de ellos. Esto se me hace cada día más patente. Es precisamente en esos momentos en que siento menos pena (el de mi baño matutino suele ser uno de ellos) cuando H. irrumpe encima de mi pensamiento en toda su plena realidad, en su «otredad». No perfilada, enfatizada y solemnizada por mis propias miserias, como en mis peores momentos, sino como es ella por derecho propio. Esto es bueno y tonificante.

Me parece recordar (aunque en este momento no podría citar ninguno) toda clase de romances y cuentos de hadas en que el muerto nos dice que nuestro duelo le acarrea a él alguna especie de daño. Nos suplica que lo demos por terminado. Seguro que esto tiene mucha más enjundia de lo que antes me parecía. Y si es así, la generación de nuestros abuelos anduvo muy extraviada. Todo este ritual, que a veces duraba una vida entera, de visitas de pésames y celebración de aniversarios, o la costumbre de dejar la habitación vacía exactamente igual que la tenía «el ausente», de no mencionarlo nunca más o usando siempre un tono especial, hasta de sacar sus vestidos a la hora de la cena (como en el caso de la Reina Victoria), entrañaba una especie de momificación. Volvía a los muertos mucho más muertos.

¿O no sería eso lo que, inconscientemente, se pretendía? Algo muy ancestral debe estar funcionando ahí. Mantener a los muertos completamente muertos, asegurarse de que no van a volver furtivamente a visitar a los vivos es la preocupación fundamental del pensamiento primitivo. Procurar a toda costa que no rebullan. No cabe duda de que estos ritos enfatizaron de hecho la muerte de los muertos. Y puede que el resultado no fuera tan inoportuno, o no siempre, y que los ritualistas tuvieran razón al creer lo que creían.

Pero no es de mi incumbencia juzgarlos. No pasan de ser conjeturas. Más me vale conservar el aliento para soplar sobre mi sopa y enfriarla. Sea como sea, mi programa lo tengo bien claro. Volver a ella con alegría las más veces que pueda. Hasta saludarla con una sonrisa. Cuando menos la lloro, más cerca me parece sentirla.

Un programa admirable. Sólo que, desgraciadamente, no se puede cumplir. Esta noche se me ha vuelto a abrir todo el infierno de la herida reciente; las palabras insensatas, el amargo resentimiento, el mariposeo en el estómago, la irrealidad de pesadilla, el baño de lágrimas. Porque en la pena nada se asienta. Está uno saliendo de una fase, pero siempre se repite. Vueltas y revueltas. Todo se vuelve a repetir. Avanzo en círculos, ¿o me atrevo a sostener que avanzo en espiral?

Pero además, en este caso, ¿voy hacia arriba de la espiral o hacia abajo?

¿Cuántas veces me voy a seguir sorprendiendo frente al inmenso vacío, como si se tratara de una novedad, y oyéndome decir: «Nunca me había dado cuenta de lo que he perdido hasta este momento»? ¿Va a seguir siendo siempre así? Me amputan la misma pierna una y otra vez.

Dicen que los cobardes mueren muchas veces: eso les pasa a los seres amados.

¿No encontraba el águila un hígado fresco en Prometeo para despedazarlo cada vez que cenaba?

Cuatro

Éste es el cuarto —y el último— cuaderno M. S. vacío que he podido encontrar en casa. O al menos casi vacío, porque al final tiene varias páginas escritas por J. sobre aritmética clásica. He decidido ponerle este límite a mis apuntes. No voy a empezar a comprar cuadernos para dedicarlos a este fin. En la medida en que estas notas pudieran suponer una defensa contra el colapso total, una válvula de escape, han dado algún resultado. La otra finalidad que les atribuía ha resultado estar basada en un malentendido. Creí que podría describir una «comarca», elaborar un mapa de la tristeza. Pero la tristeza no se ha revelado como una comarca sino como un proceso. No es un mapa lo que requiere, es una historia; y si no dejo de escribir esta historia en un momento determinado, por caprichoso que sea, no habría razón para que dejara de escribir nunca. La pena es como un valle dilatado y sinuoso, que a cada curva puede revelar un paisaje totalmente nuevo. Pero no todas las curvas lo hacen, como ya he dejado dicho. A veces la sorpresa que recibimos es justamente la contraria; se nos brinda una clase de panorama idéntico al que creíamos haber dejado muchas millas atrás. Entonces es cuando se pregunta uno si el valle no será una trinchera circular. No lo es. Se dan recurrencias parciales, pero la misma secuencia no se repite.

Ahora, por ejemplo, hay una fase, una nueva pérdida. Camino todo lo que puedo, porque llegar a la cama sin estar muy cansado sería una locura. Hoy he estado repasando viejas apariciones, tomando una de las largas avenidas que me proporcionaron tanta felicidad en mis tiempos del bachillerato.

Y en aquel tiempo la faz de la naturaleza no estaba vaciada de su hermosura y el mundo no parecía una calle mezquina (que es de lo que me quejaba hace pocos días). Por el contrario, cada visión de horizonte, cada cuesta, cada grupo de árboles me remitían a una especie de bienestar pretérito, a mi felicidad pre-H. Pero la invitación se me hizo horrible. La felicidad a la que me sentía convidado era insípida. Me doy cuenta de que no quiero retroceder y volver a ser feliz de esa manera. Me asusta pensar incluso que sea posible una mera vuelta atrás. Porque este destino me parecía el peor de todos: alcanzar un estadio en el que mis años de amor y matrimonio pudieran aparecer retrospectivamente como un episodio encantador —como unas vacaciones— que hubieran interrumpido brevemente mi interminable vida, devolviéndome luego inalterado a la normalidad. Y entonces llegaría a parecer irreal ese período, algo tan extraño a la textura habitual de mi historia que casi podría llegar a creer que le había ocurrido a otra persona. Con lo cual H. moriría para mí por segunda vez: una aflicción peor que la primera. Todo menos eso.

¿Te diste cuenta en algún momento, amor mío, de lo mucho que te llevaste contigo al morir? Me despojaste hasta de mi pasado, hasta de las cosas que nunca compartimos.

Me equivoqué al decir que el muñón se estaba curando de los dolores de la amputación. Me engañaba, porque tiene tantas maneras de doler que solamente se pueden ir descubriendo una por una.

Y sin embargo, existen dos ingentes beneficios, aunque ya ahora me voy conociendo demasiado bien para llamarlos «duraderos». Mi pensamiento, cuando se vuelve hacia Dios, ya no se encuentra con aquella puerta del cerrojo echado. Y cuando se vuelve hacia H. ya no se encuentra con aquel vacío, con aquel embrollo de mis imágenes mentales sobre ella. Mis notas muestran parte del

proceso, pero no tanto como yo esperaba. Tal vez estos dos cambios no se prestaban realmente a la observación. No se produjo una transición repentina, sorprendentemente emocional. Fue como una habitación que se va calentando, como la llegada del amanecer. Cuando te quieres dar cuenta, las cosas ya llevan tiempo cambiando.

Mis apuntes han tratado de mí, de H. y de Dios. Por ese orden. Exactamente el orden y las proporciones que no debieran haberse dado. Y no veo por ninguna parte que al pensar en Él ni en ella haya desembocado en la modalidad de cantar sus alabanzas. Alabar es una forma de amor que siempre contiene ciertos elementos de júbilo. Alabar como es debido, a Dios como benefactor, a ella como beneficio. ¿No disfrutamos en cierta manera de lo que alabamos, por lejos que podamos tenerlo, al cantar sus alabanzas? Tengo que dedicarme más a esto. He perdido la capacidad que antes tenía de disfrutar de H. Y en el valle de mi improbabilidad estoy lejos, lejísimos, del disfrute que a veces tuve de Dios, gracias a su infinita misericordia. Pero mediante la alabanza, aún puedo, en alguna medida, gozar de ella y de Él. Menos es nada.

Pero tal vez haya perdido el don. Veo que he descrito a H. comparándola con una espada. Esto es verdad hasta cierto punto. Pero fundamentalmente inadecuado en sí mismo y equívoco. Tendría que haberlo contrastado. Debía haber dicho: «Pero H. también es como un jardín. Como un nido de jardines, una pared dentro de otra y un seto dentro de otro, más secreto y más lleno de vida fragante y fértil cuanto más te adentras en él».

Y así tanto de ella como de cualquier cosa creada que yo pueda alabar debería decir: «En cierta manera es única, como lo es Quien la hizo».

Así vamos del jardín al jardinero, de la espada al Herrero. A la Vida y la Belleza, impregnadas de aliento vital, que crean belleza.

«Ella está en manos de Dios». Esto adquiere una nueva energía cuando pienso en H. como en una espada. Es posible que la vida terrenal que compartí con ella fuera sólo una parte de su temple. Ahora puede que Dios esté aferrando el puño, sopesando el arma nueva, haciéndola relampaguear en el aire. «Una buena hoja de cuchillo de Jerusalén».

Una de las fases de mi experiencia de anoche, tengo que describirla mediante símiles; si no sería imposible de traducir en palabras. Imaginad a un hombre sumido en la total oscuridad. Le parece estar en un sótano o en un calabozo. De pronto se oye un ruido. Le parece que es sonido venido de lejos, olas o árboles meneados por el viento, o un rebaño a media milla de distancia. Y si fuera así, eso probaría que no está en un calabozo, sino libre, a pleno aire. O podría ser un sonido mucho más pequeño, al alcance de la mano, una risa sofocada. Y si fuera así, habría un amigo junto a él en la oscuridad. De una manera o de otra un sonido bueno, muy bueno. No estoy tan loco como para tomar esta experiencia como evidencia de nada. Es simplemente el salto a una actividad imaginativa que en teoría siempre habría estado dispuesto a admitir: la idea de que yo o cualquier mortal, en cualquier momento, puede estar rematadamente equivocado con respecto a la situación por la que realmente está pasando.

Con un equipo de cinco sentidos, una inteligencia incurablemente abstracta, una memoria que selecciona al azar, una serie de prejuicios y asunciones tan numerosos que nunca logro examinar más que una pequeña parte si es que llego a ser consciente de ella; ¿qué porcentaje de realidad total

puede llegar a ser penetrado?

No pienso trepar, si puedo evitarlo, a ese árbol ya sea plumoso o espinoso. Dos convicciones totalmente diferentes me atenazan. Una es la de que el Eterno Cirujano es aún más inexorable y las posibles operaciones aún más dolorosas de lo que nuestras más rigurosas fantasías pueden sospechar. Pero la otra es la de que «todo va a salir bien, muy bien, y cualquier problema imaginable se va a arreglar».

No importa que todas las fotografías de H. sean malas. Y tampoco importa demasiado que mi recuerdo de ella sea incorrecto. Las imágenes, ya sean sobre el papel o dentro de la mente, no tienen importancia en sí mismas, son meros eslabones. Vamos a considerarlo desde una esfera más alta. Mañana por la mañana, un cura me hará comulgar una hostia fría, pequeña, redonda e insípida. ¿Es una desventaja, o acaso en cierto modo una ventaja, que esa hostia no pueda pretender ninguna similitud con aquello a lo que tomarla me vincula?

Necesito a Jesucristo y no a nada que se le parezca. Quiero a H. y no a nada que se asemeje a ella. Una fotografía realmente buena acabaría convirtiéndose en una trampa, un horror, un obstáculo.

Las imágenes, supongo, servirán de algo, si no no se habrían hecho tan populares. (Da casi igual que sean retratos y estatuas exteriores al pensamiento o construcciones imaginativas interiores a él). Para mí, sin embargo, el peligro que entrañan es más obvio. Las imágenes de lo Sagrado se convierten fácilmente en imágenes sagradas, sacrosantas. Mi idea de Dios no es una idea divina. Hay que hacerla añicos una vez y otra. La hace añicos Él mismo. Él es el gran iconoclasta. ¿No podríamos incluso decir que su destrozo es una de las señales de su presencia? La encarnación es el ejemplo por excelencia; reduce a ruinas todas las nociones previas que del Mesías pudieran tenerse. Y a la mayoría de la gente le ofenden la Iconoclastia, pero benditos sean aquellos a quienes no les ofende. Lo mismo ocurre con nuestras plegarias privadas.

Toda la realidad es iconoclasta. La Amada terrenal, incluso en vida, triunfa incesantemente sobre la mera idea que se tiene de ella. Y quiere uno que así sea. Se la quiere con todas sus barreras, todos sus defectos y toda su imprevisibilidad. Es decir, es su directa e independiente realidad. Y esto, no una imagen o un recuerdo, es lo que debemos seguir amando, después de que ha muerto.

Pero «esto» resulta ahora inimaginable. En este sentido H. y todos los muertos son como Dios. En este sentido, amarla a ella se ha convertido, dentro de ciertos límites, como amarle a Él. En los dos casos tengo que hacer que el amor abra sus brazos y sus manos a la realidad (sus ojos aquí no cuentan), a través y por encima de toda la cambiante fantasmagoría de mis pensamientos, pasiones e imaginaciones. No debo conformarme con la fantasmagoría misma y adorarla en lugar de Él o amarla en lugar de ella.

No mi noción de Dios, sino Dios. No mi noción de H. sino H. Es más, tampoco la noción que tengo de mi vecino, sino mi vecino. Porque, ¿no es cierto que muchas veces cometemos este mismo error con respecto a personas todavía vivas, que están con nosotros en la misma habitación? Me refiero al error de hablar y tratar no con el hombre mismo sino con el retrato —casi el «précis»— que nos hemos hecho de él in mente. Y tiene que desviarse enormemente de este retrato para que lleguemos a darnos cuenta siquiera de ello. En la vida real las palabras y actos humanos, si bien se mira, pocas veces salen de un personaje o de lo que nosotros atribuimos a su personaje. (Y ésta es

una de las cosas en que la vida se diferencia de las novelas). Siempre le queda en la manga alguna carta que desconocíamos.

La razón por la que creo que yo hago esto con los demás es que veo que muchas veces ellos lo hacen conmigo. Todos creemos que a los demás ya los tenemos catalogados.

Pero puede que todo lo que vengo diciendo sea también un castillo de naipes. Y si lo es, Dios volverá a desbaratármelo. Me lo desbaratará todas las veces que haga falta. A no ser que me den por un caso perdido y me dejen en el infierno construyendo palacios de cartón por siempre jamás, «libre entre los muertos».

¿No me estaré arrimando servilmente a Dios por creer que si hay algún camino que lleva a H., este camino pasa por Él? Pero por otra parte, sé perfectamente que a Él no se le puede utilizar como camino. Si te acercas a Él no tomándolo como meta sino como camino, no como fin sino como medio, no te estás acercando para nada a Él. Esto era lo que en el fondo fallaba en todas las pinturas populares que representaban las felices reuniones en el *más allá*. No me refiero a las candorosas y concretas imágenes en sí, sino al hecho de que conviertan en Final lo que solamente puede ser un subproducto del verdadero Final.

¿Son éstas, Señor, tus verdaderas condiciones? ¿Puedo encontrarme con H. sólo si te llego a amar tanto que ya deje de importarme encontrarme con ella o no? Ponte, Señor, en nuestro caso. ¿Qué pensaría la gente de mí si les dijera a los niños: «Nada de caramelos ahora. Pero cuando seáis mayores y ya no los queráis, tendréis todos los que os dé la gana»?

Si supiera que el estar separado siempre de H. y olvidado por ella eternamente pudiera añadir mayor alegría y esplendor a su ser, por supuesto que diría: «¡Adelante!». Igual que, aquí en la tierra, si hubiera podido curar su cáncer a costa de no volverla a ver, me las habría arreglado para no volver a verla. Lo tendría que haber hecho. Cualquier persona decente lo habría hecho. Pero eso es algo completamente diferente. Ésa no es la situación en que me encuentro.

Cuando le planteo estos dilemas a Dios, no hallo contestación. Aunque más bien es una forma especial de decir: «No hay contestación». No es la puerta cerrada. Es más bien como una mirada silenciosa y en realidad no exenta de compasión. Como si Dios moviese la cabeza no a manera de rechazo sino esquivando la cuestión. Como diciendo: «Cállate, hijo, que no entiendes».

¿Puede un mortal hacerle a Dios preguntas que para Él no tengan respuesta? Fácil que sea así, creo yo. Todas las preguntas disparatadas carecen de respuesta. ¿Cuántas horas hay en una milla? ¿El amarillo es cuadrado o redondo? Lo más probable es que la mitad de las cuestiones que planteamos, la mitad de nuestros problemas teológicos y metafísicos sean algo por el estilo.

Y ahora que lo pienso, no se me presenta ningún problema de tipo práctico. Conozco los mandamientos fundamentales y lo mejor que puedo hacer es atenerme a ellos. De hecho, la muerte de H. ha clausurado todo problema práctico. Antes de morir ella, yo, en la práctica, podía haberla antepuesto a Dios. Es decir podría haber hecho lo que ella quería en vez de lo que quería Él. Eso caso de que hubiera surgido un conflicto. Lo que ha quedado no es un problema relacionado con nada que dependa de mí. Se trata de sopesar sentimientos, motivaciones y cosas de ese tipo. Es un problema que me estoy planteando a mí mismo. No creo para nada que sea Dios quien me lo plantea.

Gozar de la presencia de Dios. Reunirse con los muertos. Ninguna de estas dos cosas pueden

aparecer en mi pensamiento más que como meros enunciados. Cheques en blanco. Mi idea (si así puede llamársele) del goce divino es una inmensa y arriesgada extrapolación de muy breves y contadas experiencias terrenales. Probablemente no tan valiosas como yo me figuro. Incluso tal vez más insignificantes que otras que ni siquiera he tomado en cuenta. Mi idea de la reunión con los muertos es también una extrapolación. La realidad tanto de una como de otra —el cobro de uno u otro cheque— haría añicos cualquier noción que uno pudiera tener acerca de ambas, e incluso, más todavía, acerca de la relación existente entre ellas.

De una parte, tenemos la unión mística. De otra, la resurrección de la carne. No puedo llegar ni a la sombra de una imagen, de una fórmula, y ni siquiera de un sentimiento capaz de combinarlas a las dos. Pero la realidad que nos ha sido dada para que la entendamos, ésa sí las combina. Una vez más la realidad es iconoclasta. El cielo resolverá nuestros problemas, pero no creo que lo haga a base de mostrarnos sutiles reconciliaciones entre todas nuestras ideas aparentemente contradictorias. No quedará piedra sobre piedra de ninguna de nuestras nociones. Nos daremos cuenta de que no existió nunca ningún problema.

Y más de una vez tendremos aquella impresión que no logro describir más que como una risa sofocada en la oscuridad. La sensación de que una simplicidad apabullante y desintegradora es la verdadera respuesta.

Se cree a veces que los muertos nos están mirando. Y pensamos, con razón o sin ella, que, si nos miran, lo harán con mucha mayor claridad que antes. ¿Se dará cuenta ahora H. de cuánto espumarajo y oropel había en lo que tanto ella como yo llamábamos «mi amor»? Así sea. Mírame sin piedad, querida. Ni aunque pudiera hacerlo me escondería. No solíamos idealizamos uno a otro. No teníamos secretos uno para el otro. Conocías de sobra mis rincones más putrefactos. Si ahora descubres algo aún peor, soy capaz de soportarlo. Y tú también. Rebate, explícate, búrlate de mí, perdóname. Porque este es uno de los milagros del amor; que consigue dar a la pareja —pero quizá más aún a la mujer— el poder de penetrar en sus propios engaños, y a pesar de todo no vivir desengañada.

Tener una visión un poco parecida a la de Dios. El amor de Dios y su sabiduría no se diferencian entre sí ni de Él mismo. Casi podríamos decir que ve porque ama, y por lo tanto que ama, a pesar de que ve.

A veces, Señor, se ve uno tentado a decir que si hubierais querido que nuestro comportamiento fuera como el de los lirios del campo, nos habríais dado una organización más parecida a la de ellos. Pero supongo que esto es simplemente vuestro gran experimento. O no; quizá no sea un experimento ya que no tenéis necesidad de confirmar nada. Mejor sería decir que es vuestro gran proyecto: crear un organismo que sea espíritu al mismo tiempo; crear esa formidable paradoja que es el «animal espiritual». Coger a un pobre primate, una bestia con los nervios a flor de piel, una criatura cuyo estómago pide ser saciado, un animal reproductor que necesita a su pareja, y decirle: «Venga, y ahora conviértete en un dios».

Dije en uno de mis cuadernos anteriores que, incluso si llegase a algo parecido, a una garantía de la presencia de H., no le daría crédito. Es muy fácil de decir. Incluso ni siquiera ahora me atrevo a manejar ninguna prueba de este tipo como evidencia. Ésa era la calidad de la experiencia de anoche. Lo que hace que la experiencia de anoche merezca ser registrada es su calidad, no por lo que prueba

sino por lo que fue en sí misma. Estuvo en realidad sorprendentemente exenta de emoción. No fue más que la impresión de que su intelecto se enfrentaba momentáneamente con el mío. El intelecto, no el alma, tal y como solemos concebir el alma. En el fondo, todo lo contrario de lo que nos mueve el alma, de lo *conmovedor*. Algo que no tiene nada que ver con la reunión arrebatada de los amantes. Mucho más parecido a lo que sería recibir una llamada por teléfono o un telegrama de ella para resolver una cuestión práctica. No porque encerrase ningún *mensaje*, simplemente inteligencia y atención. No entrañaba sensación de alegría ni de tristeza. Ni siquiera amor, tal como se entiende comúnmente. Ni desamor tampoco. Nunca, bajo ningún estado de ánimo, pude imaginarme que los muertos fueran tan al grano. No obstante, se produjo una suprema y jubilosa intimidad. Una intimidad que no se había abierto camino ni a través de los sentidos ni a través de las emociones.

Si esto fue un vómito de mi inconsciente, quiere decir que mi inconsciente debe ser un terreno muchísimo más interesante de lo que me habían hecho suponer los psicólogos de lo profundo. Para empezar parece ser mucho menos elemental que mi consciente.

Viniese de donde viniese, ha operado en mi mente una limpieza a fondo. Los muertos puede que sean eso: puro intelecto. Un filósofo griego no se habría extrañado de una experiencia del tipo de la mía. Habría dado por supuesto que si algo queda de nosotros después de la muerte, sería precisamente eso. Hasta ahora una cosa así me había parecido una idea de lo más árida y escalofriante. La ausencia de emoción me resultaba repelente. Pero en este encuentro (ya fuera aparente o real) no hubo nada de ese tipo. No hacía falta la emoción. La intimidad era completa sin necesidad de ella, incluso intensamente tonificante y restablecedora. Me pregunto si no consistirá el amor en este tipo de intimidad. El amor en vida va siempre acompañado de emoción, pero no porque sea una emoción en sí mismo ni porque necesite ir acompañado de ella, sino porque nuestras almas animales, nuestro sistema nervioso y nuestra imaginación se ven precisados a responder al amor de esa manera.

Si esto es así, ¡cuántos prejuicios tengo que borrar! Una sociedad, una comunión, basada en la pura inteligencia no tendría por qué ser fría, desolada e inhóspita. Claro que tampoco resultaría ser eso a lo que la gente se refiere cuando usa palabras como espiritual, místico o sagrado. Si yo pudiera tener un atisbo de ello sería como…; bueno, casi me da miedo echar mano de los adjetivos que puedo utilizar. ¿Enérgico? ¿Entusiasta? ¿Atinado? ¿Alerta? ¿Intenso? ¿Despierto? No sé, por encima de todo, sólido. Totalmente de fiar. Firme. Los muertos no se andan con tonterías.

Cuando digo «intelecto», incluyo la voluntad. La atención es un acto de voluntad. La inteligencia en acción es voluntad por excelencia. Lo que me dio la impresión de que venía a mi encuentro estaba Heno de resolución.

En una ocasión, cuando ya se acercaba su final, le dije: «Si puedes, si te dejan, ven junto a mí cuando yo también esté en mi lecho de muerte». «¿Dejarme? —me contestó—. Trabajo le va a costar al Cielo retenerme. Y en cuanto al Infierno, lo rompería en pedazos». Sabía que estaba usando una especie de lenguaje mitológico, del que no estaba ausente incluso un ingrediente de comedia. Había un centelleo en sus ojos, pero también lágrimas. No obstante, por lo que se refiere a la voluntad no había ni mitificación ni broma; era un sentimiento más profundo que cualquier otro de los que la estaban traspasando.

Pero el hecho de haber alcanzado un grado menor de malentendido sobre lo que debe ser la inteligencia pura, no ha de hacerme llevarlo demasiado lejos. También cuenta, valga lo que valga, la resurrección de la carne. No somos capaces de entender. Puede que lo que menos entendamos sea lo mejor.

¿No se ha debatido ya, en tiempos, si la visión final de Dios era más un acto de inteligencia que de amor? Ésta es probablemente otra de esas preguntas disparatadas.

¡Qué cruel sería convocar a los muertos caso de que pudiéramos hacerlo! Ella dijo, no dirigiéndose a mí, sino al sacerdote: «Estoy en paz con Dios». Y sonrió. Pero no me sonreía a mí. *Poi si tornò all'terna fontana*.[3]

Notas

[1] Harta, estragada. En francés en el original. *(N. de la T.)* <<

[2] Antiguo mercado de pescado, en Londres, famoso por el lenguaje injurioso y obsceno de los vendedores. Por extensión, dícese de todo lenguaje injurioso. *(N. de la T.)* <<

[3] Luego se volvió a la fuente eterna. En italiano en el original. *(N. de la T.)*<<